

## **... MÁS SOBRE MATEO ...**

En aquel entonces, mirase por donde se mirase, MATEO estaba jodido, hundido en el fondo de una vertiginosa espiral de envilecimiento y autodestrucción. Había perdido el respeto por sí mismo, y eso le obligaba a ganarse el de los demás a golpes. En una palabra, no podía caer más bajo. Pero como en la de todo héroe que merezca ese apelativo, en su historia también surge la figura de un sabio anciano que le rescata de su infierno personal. MATEO estaba tirado en un charco de sangre, vómito y orines cuando lo recogió su obi-wan particular: el párroco de la prisión.

Era tal su estado de angustia y desesperanza que absorbió casi por osmosis las bonitas verdades de la religión católica. Como ya hiciera con cierta abogada, volvió a encomendar sin reservas su alma a otra persona, en este caso el reverendo McCormick, un viejo cura irlandés que por caprichos de la vida había acabado oficiando en Alcalá-Meco. Con él, palabras como “redención” o “purificación” cobraron por primera vez sentido. Nuestro protagonista cultivó férreamente su cuerpo y su espíritu hasta transformarse en un incansable y temible soldado de Dios, una máquina de cristianizar perfectamente engrasada que avanzaba arrolladora hacia la luz salvadora.

El día que su mentor desapareció, aun destrozado, MATEO supo a qué quería consagrar su existencia. El cura, gran amigo de la botella, la emprendió con un plato de judiones de la granja como colofón a una de sus borracheras antológicas. Su baqueteado aparato digestivo dijo basta y reventó, de forma que el dramático adiós del padre McCormick adquirió cierto parecido con una escena de la matanza de Texas, por aquello de la sangre, las vísceras desparramadas por la habitación, etc. MATEO fue testigo impotente del suceso. Muy impresionado, sugestionado tras meses de intensa y dogmática instrucción, interpretó que tras aquello estaba la mano del maligno. No importa que se tratase de una indigestión aguda por sobredosis de legumbres aderezada con dos litros de whisky: si él veía un caso de posesión diabólica, eso es lo que había.

Abrumado por no haber podido salvar la vida del hombre que salvó la suya, MATEO comprendió que su meta estaba clara: convertirse en el mejor especialista en exorcismos del mundo y derrotar a Satanás allá donde se manifestase. Su buena conducta, su labor con los restantes presos y los favorecedores informes psicológicos supusieron su pasaporte al otro lado de los muros. A los 28 años, MATEO recobraba la libertad...